

nes de Austria, y cuán lejos no había de estar de todo cuanto pudiera arrastrarla á nuevos conflictos con Francia, sobre todo no pudiendo contar con otro aliado que Inglaterra, cuya fidelidad y servicios tan duramente había experimentado.

Rusia ahora, entregada también á un trabajo análogo de reorganización, no quería romper con Francia, aún cuando cada paso que daba Bonaparte hacía temer que estallara el conflicto, pues no podía ver con paciencia tantas perturbaciones y un empeño tan decidido en dominar el Occidente de Europa. Pero Alejandro I estaba separado por completo de los ingleses, y en cuanto á Prusia nada hacía presentir un cambio de conducta.

Inglaterra, pues, se hallaba por su parte sin alia-

dos, y si quería lanzarse á nuevas aventuras contra Bonaparte, no tenía que contar más que en sí misma. Su posición geográfica le permitía con Bonaparte una actitud que éste sufría con verdadera impaciencia, ¿pero qué hacer con un enemigo que resultaba invulnerable? Si no había podido arrojar á todas las potencias marítimas de Europa contra Inglaterra para que le abrieran el paso del canal, si todas estas potencias estaban ahora en paz con Inglaterra, ¿podía un cerebro bien equilibrado, soñar con desafiar á la nación que dominaba los mares del mundo entero con sus ochocientos buques de guerra?

Francia, sin embargo, se atrevió; Bonaparte creía de buena fe que para él no había imposibles.



CAPITULO VII

RUPTURA DE LA PAZ DE AMIENS

Withwort y Bonaparte.—Constante enemiga de Inglaterra.—La cuestión de Italia.—La cuestión de Malta.—Reclámase la evacuación.—Apoyan á Francia Prusia y Rusia.—Talleyrand y Bonaparte.—Memoria de Sebastiani sobre el Oriente.—30 de Enero de 1803.—Indignación de Inglaterra.—Addington pide satisfacciones.—Política de Bonaparte.—Su entrevista con el embajador inglés.—Su mensaje á las Cámaras.—Situación política de Inglaterra.—Pitt y Fox.—Bonaparte apresura la ruptura.—La nota del 8 de Marzo.—Inglaterra se arma.—Por qué no se declaró la guerra.—Actitud de Rusia.—Sus relaciones con Francia.—Por qué ofreció su mediación.—Venta de la Luisiana por Bonaparte.—Justo enojo de España.—Contestaciones entre Francia y España.—Indignidad de los ministros españoles.—Preparativos de Inglaterra.—Ultimatum.—Contestación de Bonaparte.—Cómo procura impedir la posible alianza entre Francia y Rusia.—Repulsa de Inglaterra.—Nuevas proposiciones de Bonaparte.—Rómpense las relaciones.—Entusiasmo de Inglaterra por la guerra.—El príncipe de Gales pide que se le ponga al frente del ejército.—Niégase á ello el ministro de la Guerra.—Medidas económicas.—Contestación dada por Bonaparte al manifiesto del gobierno británico.—Situación de Irlanda.—Actitud de los intransigentes.—Emett y Bonaparte.—Conspiración Despard.—Es ejecutado.—Irritación de Irlanda.—Asesinato de Kilwarden.—Suspéndase el *Habeas Corpus*.—Revolución de Dublin: 23 de Julio de 1803.—Emett preso y ejecutado.—Bonaparte y España.—Quiere España mantenerse neutral.—Pretensiones de Bonaparte.—Debilidad de Azara.—Pide su relevo: 4 de Julio de 1803.—Cómo Cevallos procuraba eludir las pretensiones francesas.—Bonaparte reclama el cumplimiento del tratado de San Ildefonso.—Comunicación del 16 de Agosto.—Apocamiento del gobierno español.—Medios innobles de que se valió Bonaparte para que Godoy apoyara su política.—Godoy cede para evitar un escándalo.—Hermann en Madrid.—Cómo se evitó el conflicto.—Imbecilidad de Carlos IV.—Política de Godoy.—Tratado de neutralidad de España: 22 de Octubre de 1803.—Razón de Estado que impulsó á España á aceptarlo.—Desdichada situación política de España.—Se empeña en la guerra para ocultar las amistades de la reina.—Retírase Azara.—Su muerte: 26 de Enero de 1804.—Ignorancia de los historiadores franceses y su silencio sobre las relaciones entre Bonaparte y España: Thiers.—Cómo trató Bonaparte á Holanda, Suiza y las repúblicas italianas.—Compromételas en la guerra.

INGLATERRA, pues, perseguía á Bonaparte por todos lados, sin descanso. A las repulsas de Bonaparte oponía nuevas reivindicaciones, y la tenacidad británica amenaza acabar con la ligereza francesa. Bonaparte sentíase aprisionado y no dejaba perder ocasión de protestar de su encierro. Lord Whitworth, el embajador inglés en París, era la pesadilla de Bonaparte.

Sorprendida Inglaterra en los negocios de Suiza, la ruptura pareció ya inminente, y esta vino con

motivo de las reclamaciones que se hicieron por las anexiones italianas. A las reconvenções de Inglaterra, Bonaparte contestó que aún ella no había evacuado la isla de Malta. En efecto, el gobierno inglés en todo pensaba menos en cumplir el artículo del tratado de Amiens, que imponía dicha evacuación, artículo que estuvo á punto de hacer naufragar el tratado en cuestión cuando se presentó á las Cámaras que en modo alguno querían aprobarlo con dicha cláusula. Desde el momento que se agita-

ra la cuestión del abandono de la isla, la guerra entraba por la gran puerta.

Vino esta cuestión, sin embargo, por un camino que Inglaterra no podía preveer. La evacuación de la isla y la restauración de la orden de Malta, se había puesto en el tratado de Amiens bajo la protección de las potencias europeas. Por esto, cuando España se desentendió de este acuerdo y domicilió entre nosotros la orden, Bonaparte se encolerizó, porque de sobras sabía que Inglaterra no soltaba sino de mala gana aquello á que llegaba á extender la mano, mano, que él, no tenía fuerzas para hacer que soltara la presa que había hecho y lo que esperaba conseguir con todas las manos de Europa.

Talleyrand, pues, llegó con su astucia y su habilidad, á conminar á Inglaterra, pues Rusia y Prusia habían al fin consentido en salir garantes del restablecimiento de la orden de Malta. Inglaterra, por tanto, iba á verse obligada á negarse á lo pactado no vis á vis de Francia, con lo que se hubiera continuado disculpando con sus actos, sino en frente de la coalición europea.

Pero Bonaparte no gustaba de los medios diplomáticos, ni de las victorias de Talleyrand. Había enviado al coronel Sebastiani á Oriente para que le informara sobre lo que en Egipto y Siria hacían los ingleses, y la memoria de Sebastiani, durísima para Inglaterra, se publicaba el 30 de Enero de 1803 en el *Monitor*. Los ingleses no evacuaban el Egipto, y esto era lo bastante para que Bonaparte se considerara hasta personalmente ofendido. Desde este momento Addington resolvió no abandonar la isla de Malta, si antes no se daba á Inglaterra satisfacción plena por el ultraje que se le había hecho dando publicidad y en un periódico oficial, á la memoria de Sebastiani.

Bonaparte se había ya decidido.

Mandó llamar á Whitworth á las Tullerías, y le dijo:—«Me estáis persiguiendo constantemente y sin cesar. ¿Queréis la paz? Evacuad á Malta. ¿Queréis la guerra? pues la haremos hasta que una de las dos naciones caiga arruinada. Reuniré 150.000 hombres en una inmensa flotilla y procuraré llegar á Inglaterra.» «Pero al mismo tiempo,—dice Martín,—enumeraba todas las dificultades, todos los peligros de esa empresa, las probabilidades de sucumbir mayores que no las de triunfar,» y concluyó diciendo: «Tenéis una marina que en diez años de esfuerzos consecutivos, y empleando en ello todos nuestros recursos, yo no podría igualar; pero tengo quinientos mil hombres prontos á marchar á donde quiera que quiera conducirles. Si vosotros sois los dueños

del mar, yo soy el dueño de la tierra. Unámonos mejor que combatirnos, y juntos arreglaremos los destinos del mundo.»—18 de Febrero de 1803.

¿Qué se había propuesto Bonaparte al hablar así al gobierno inglés á quien naturalmente debía su embajador comunicar su conversación con el primer Cónsul? Difícil averiguarlo, porque si es que aún quería la paz, ¿cómo no impedir que tres días después al exponer su gobierno á las Cámaras la situación de la república se expresara con tanta altanería como si fuera su propósito provocar á Inglaterra?

Decíase en dicho documento, que en Inglaterra había dos partidos que se disputaban el poder, que uno quería al poner la paz, y que el otro había jurado á Francia odio implacable. Todo esto era exacto y notorio. Al discutirse el discurso de la Corona en el Parlamento inglés,—23 de Noviembre de 1802,—Pitt había atacado duramente á Addington porque no había roto con Bonaparte y no le había declarado la guerra en vista de lo que había pasado en Italia, y Fox había apoyado á los ministros declamando en favor de la paz, procurando probar que por parte de Francia, nada de lo que se había hecho debía importarles, ni ser un peligro para Inglaterra. Bonaparte, pues, ó su gobierno, no decía cosa nueva en esto, y lo único que resultaba censurable, era el que hablase de tales cosas. Pero el gobierno francés terminaba diciendo: «pero, si el partido de la guerra lleva la ventaja, el gobierno lo dice con orgullo, Inglaterra no arrastrará á ningún pueblo, é Inglaterra sola no puede luchar con Francia.»

Inglaterra recibió con este discurso una nota de Bonaparte, pidiéndole que explicara claramente sus intenciones respecto de Malta.

El gobierno inglés ante tales bravatas, no podía dejar de contestar con hechos. Así dispuso inmediatamente nuevos armamentos á fin de responder á los que hacía Bonaparte,—8 de Marzo.—Este, al saber lo que el gobierno inglés acababa de declarar ante el Parlamento, tuvo una nueva conferencia con Whitworth,—13 de Marzo,—á quien reprochó la deslealtad de Inglaterra sobre lo convenido, pero el embajador inglés se excusó como siempre, alegando en defensa de Inglaterra la misma conducta de Bonaparte.

La guerra todavía no se declaró. Bonaparte envió sus ayudantes á Prusia y á Rusia para obligarles á unirse á él, pero ni en Berlín ni en Petersburg tenía ya partidarios su política. Todo el mundo comprendía que Bonaparte era insaciable, y que á nadie convenía hacerle fuerte. Rusia, sin embargo, se mostró dispuesta á ofrecer su mediación. Rusia y Francia,

ó por mejor decir, Pablo I y Bonaparte, habían logrado entenderse después de la paz de Luneville como hemos dicho, y entre sí habían pactado que obrarían de acuerdo sobre las indemnizaciones que debían darse en Alemania y las que se habían de ofrecer á los príncipes italianos.

Bonaparte, obrando con gran previsión para asegurarse definitivamente el apoyo de Rusia, había aumentado considerablemente las posesiones de las casas de Baviera, Baden, Wurtemberg y Darmstadt emparentadas con Rusia, si bien es verdad que con esto hacía su política, porque se procuraba aliados de la otra parte de la frontera, pero de todos modos Rusia parecía que dictaba órdenes y esto satisfacía su ambición. Al mismo tiempo se consentía la restauración de Roma y Nápoles, y aunque se dejaba en pié la cuestión de la indemnización del rey de Cerdeña, no se dudaba de que Bonaparte encontraría una compensación para ese reyezuelo, como le llamaba.

Murió Pablo I, y su hijo Alejandro I cambió, como hemos dicho, radicalmente de política. Alejandro, naturalmente, había separado de su lado á los autores del asesinato de su padre, pues nunca pudo convencerse de que éste no hubiera sido premeditado, y Pahlen, Zubof y Panine cedieron su puesto á jóvenes ilustrados y patriotas como los Czartoryski, Novossiltrof, Strogonof y Kotchuboy, todos simpáticos á la política inglesa. Estos apoyaban resueltamente á Markoff en París, quién, creyéndose al lado de Bonaparte cual si allí estuviera el mismo emperador, su amo, no podía sufrir que los mismos príncipes alemanes cuyas posesiones patrimoniales creía Rusia que había aumentado se mostraran más atentos y corteses con Bonaparte y Talleyrand que no con él.

Markoff era, además, un enemigo franco y declarado del orden de cosas establecido en Francia, y sobre no ocultar sus simpatías por la restauración monárquica y los emigrados, tomaba parte en todos los actos desagradables á Bonaparte. Hasta fué el primero en suscribirse para la publicación de una serie de folletos contra Bonaparte. Con semejante embajador era difícil entenderse, y Talleyrand reclamó varias veces su relevo sin poder conseguirlo. Así no fué él quien pudo conseguir que se le diera al pobre rey de Cerdeña la debida y prometida compensación. Sin embargo, apuró tanto á Bonaparte, que éste acabó por ofrecer á Siena Orbitallo y quinientas mil libras de pensión, lo que en verdad era muy poco y hasta vergonzoso, pero Bonaparte creía y se lo decía á Alejandro I, que Rusia

tenía que preocuparse tanto de los negocios del rey de Cerdeña, cuanto él, Bonaparte, se preocupaba de los del rey de Persia.

La armonía, pues, que en un tiempo había existido entre Rusia y Francia había desaparecido. Alejandro, tan pronto vió amenazada de nuevo la paz, comprendió que el primer acto de guerra sería la ocupación del Hannover y de las dos Sicilias por los franceses. El Hannover pertenecía á la sazón á Inglaterra, las dos Sicilias eran un centro preponderante de la influencia inglesa, en donde estaban seguros los buques ingleses de encontrar todo lo que les fuera necesario para la campaña. Si la ocupación de Nápoles era una cuestión de amor propio, la de Hannover presentaba además otro aspecto.

Alejandro I se consideraba también como protector de la Confederación germánica, y ese compromiso de Teschen pesaba poderosamente en sus resoluciones. Permitir que Bonaparte ocupara el Hannover era consentir en que el francés anulara su garantía, pero para oponerse no tenía más remedio que acudir de nuevo á la guerra, y Rusia no podía pensar en encender de nuevo la guerra continental. Austria no se encontraba aún dispuesta. Prusia continuaba en su política de abstención, y en Alemania la influencia francesa era tan grande, que todo hacía presumir que en un momento dado los batallones alemanes marcharían al lado de los franceses contra los mismos austriacos y prusianos. Por todo esto Alejandro I ofreció intervenir para sostener el tratado de Amiens, pero esto lo hizo por las razones dichas con tanta flojedad y apocamiento, que ni Inglaterra hizo caso de las advertencias de Rusia, ni de la especie de satisfacción que se le había dado por esta potencia que al cabo reemplazó á Markoff por Oubril por no haber querido aquél tomar luto como lo hizo toda la corte de Bonaparte al recibirse la noticia del fallecimiento de su cuñado el general Leclerc, que dejaba libre á Paulina, más conocida como princesa Berghesse. En averiguar esta actitud se pasaron algunos días, días que aprovechó Bonaparte, ínterin pedía que Inglaterra cumpliera lo convenido en Amiens, para faltar á España con lo que se había convenido respecto de la Luisiana.

Al cederse esta colonia á Francia, se había convenido, que si algún día resultaba serle onerosa, no podría trasladarla á otra potencia alguna, debiendo volver á Francia. Queriendo ahora Bonaparte disponerlo todo de nuevo para la guerra, lo primero que pensó, fué en levantar fondos, pero de una manera que no gravasen el tesoro francés, á fin de que la guerra fuera lo más popular posible, al efecto,